

UNA HISTORIA PATRIA AL DIA

● *Carlos Machado: HISTORIA DE LOS ORIENTALES. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1972. 394 pp.*

QUE la historia esté siempre por hacer, es un buen argumento para tratar de hacerla ahora, con toda la presunción pero también con toda la modestia que para el caso se requiere. El momento es además propicio, abiertas ya picadas importantes por estudios recientes, y amontonadas a un lado malezas a las que no queda más que prender fuego. Machado se propuso transitar ese camino ya bastante desbrozado, y atraviesa así ágilmente y de punta a punta nuestra historia, con rápidos toques de primera e impresionantes paredes, aunque no deja de sacarse el gusto, cuando el tema lo incita, apretando en tales casos la pelota contra el piso.

La síntesis resulta así vertiginosa, por lo que debe hacerse un primer reconocimiento al autor: la pertinencia de un estilo acorde con sus objetivos, su concisión y su acierto en la elección de una larga serie de anotaciones significativas, todo puesto al servicio de una visión histórica de indiscutible coherencia. El gran tema es la liberación del pueblo oriental, la larga, dramática y tantas veces equivocada lucha contra los enemigos de fuera y de dentro, los mismos que han escrito en gran parte la contrahistoria en que muchos viven todavía engañados. Rosas —para su bien— y Flores —para su mal— son dos ejemplos relevantes de una revisión que desmistifica en efecto buena parte de una historia oficial desatenta al trasfondo económico-social determinante, sin el cual todo se reduce a un mero juego de personalidades casi siempre sofisticadas. Todos y cada uno de los periodos históricos aparecen revelados aquí en su meollo decisivo, facili-

tando, por su misma brevedad, una vista de conjunto como no podría lograrse de otro modo. Si en algún punto se detiene el autor, es porque necesita desfacer entuertos más empecinados. Por razones de apuro y legibilidad no incluye referencias a fuentes y bibliografía, salvo algunas menciones al pasar; el carácter de la obra excusa en parte dicha prescindencia, pero lo que puede discutirse es si obras de este carácter, divulgando al barrer y "pasando, apurado, sobre los detalles", como confiesa el propio autor, no inculcan con demasiado apremio una estructura cuya validez sólo podría apreciarse en su verdadero alcance a través de consideraciones más reposadas. Corresponde en efecto dudar si una historia de apuro, por bien predigerida que esté, contribuye a crear una conciencia comprensiva y abierta, y si no se haría camino con más íntegra verdad procurando visiones más particulares pero sin tanta mutilación, impregnándolas de ese calor y conflictualidad que pueden darle valor de experiencia, aunque puedan perderlo como proyectil. El problema no es de fácil solución. La mejor habrá de consistir seguramente en combinar ambos recursos, pues nada más contraproducente que tragar historia sin mascar y creer que se sabe lo que ya viene sabido por cuenta ajena. El afán de liberarse conduce en tal caso a cerrar nuestra conciencia a cal y canto, con lo que tanto da entonces que lo sabido sea verdad o mentira. No vaya a creerse por lo dicho que el autor trasunte de ninguna manera mala fe, ni que pretenda contrabandear prejuicios a costo de lo que sea. Si selecciona ese vasto cúmulo de peripecias y de frases, necesariamente escuetas, producto es su elección de un proceso, propio o ajeno, cuya índole y sentido procura —y casi siempre logra— sintetizar sin traición, incluso coloreán-

dolo, si a mano viene, con ese toque de amenidad en cuya recolección tal vez se excede a veces un poco. No deja así pasar frase pintoresca o hecho curioso que no incluya a modo de piñón o fruta seca. Aliviana y endulza de ese modo lo que podría de otro modo volverse mazacote, pero a veces distorsiona de esa manera cosas importantes, peligro tanto mayor cuanto la brevedad de los trámites obliga a dejar innumerables cabos sueltos, cuyo lugar ocupan entonces tales distracciones. La historia llega hasta el momento actual, y aunque ya se sabe que en tales casos tiende necesariamente a quedarse en crónica, el autor logra hacerla empalmar, obviando la perspectiva que le falta, con la totalidad del proceso. Lo que no puede lograr es evocar ese clima propio de cada circunstancia, sin el cual los hechos exhumados pierden muchas veces su más cabal sentido. Optar por la "objetividad" —propósito que declara el autor— es siempre quedarse corto; menudo "objeto", el de la realidad histórica, como para despacharlo en cuatro frases. Pero vuelvo a aclarar: se trata de dificultades generales de esta clase de obras, que el autor salva lo mejor posible con verdadera pericia. Logra así preservar, a fuerza de menciones certeras, la real complejidad de muchas situaciones. Y lo que es más, consigue también en general transmitir la historia como algo vivo, al punto de que más de un lector podrá llegar incluso a descubrir una realidad ofrecida hasta ahora a través de un conjunto de obras de no fácil acceso. Encontrará aquí puntualmente casi todo lo que importa en sus líneas fundamentales, e innumerables detalles, además, de los que definen una circunstancia; y un sentido prospectivo, por último, que tan bien le hace a muchas de nuestras mejores esperanzas. Y es que se siente que se trata de una historia a continuar, y que ya estamos sabiendo bastante mejor por que caminos estamos avanzando.